
Recuerdo y celebración de Severo Sarduy

Guillermo Cabrera Infante

Juan Goytisolo

Jorge Edwards

Héctor Bianciotti

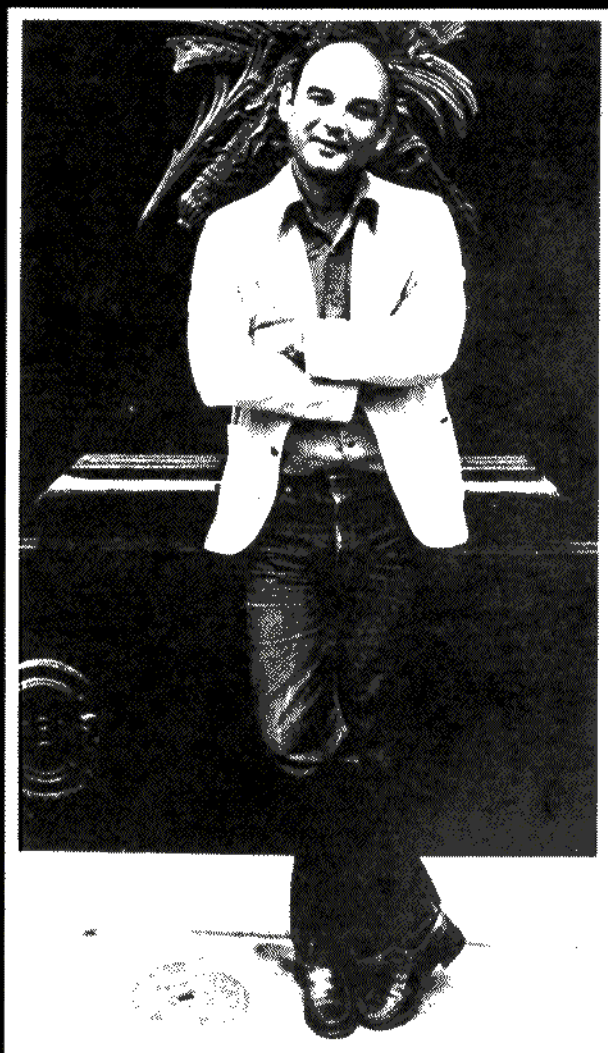
Eduardo Lizalde

Eduardo Milán

Enrico Mario Santí

Severo Sarduy:

Para los pájaros de la playa



Para los pájaros de la playa

Severo Sarduy

Estos poemas constituyen el último capítulo de la novela Pájaros en la playa, de próxima publicación. Todos fueron escritos entre febrero y noviembre de 1992. Los tres primeros despliegan imágenes entrevistas en el hospital del Hotel - Dieu, en el que se curaba un amigo de Severo Sarduy. Los tres poemas numerados fueron escritos ante el monasterio benedictino de St. Benoît en el Loira, en los primeros días de agosto. Los últimos datan del fin del otoño.

Severo Sarduy insistía en que, por primera vez, no utilizaba una forma fija; de todos modos, decía, no eran propiamente suyos: pertenecían al diario de uno de sus personajes.

François Wahl

Sentados
uno al otro muy juntos
en el largo pasillo abandonado,
hablan muy bajo
los viejos.
Y apenas miran
el monumento imperial
cuando la luz declina.

El pelo raído,
gris la ropa,
se abrazan
temblando de frío.
Pero ya lejanos,
desterrados de sí mismos,
memoria
donde sus dobles se reconocen
alertas.

Abrigo de piel rojiza,
pulcro sombrero,
va gesticulando sola;
abre grandes los brazos
para acoger
a un amante invisible

que apresurado vuelve.
La sacude
la energía siempre ajena
de la iluminación o la demencia.
Con la mano abierta
rehúsa un regalo,
sonríe, discute, saluda,
esboza un débil asombro.
Ha reanudado el diálogo
que un día tuvo
con el espejo.

Con las vísceras sacadas,
con la lengua afuera,
con la boca pintada
de salmuera.

Con los párpados heridos,
con el sexo claveteado,
un coágulo sobre el rostro
pintarrajeado.

Con una cruz,
con una moneda,
con las líneas de la mano
cosidas en la lengua.

Con los ojos tapados,
con los dedos cosidos,
con los pies lacerados.

Con una palabra grabada
en la boca herida;
con la tiza oscura.

Con el semen negro,
con el ojo en blanco,
la osamenta en llama:
locura.

* Encontrados en otro cuaderno, junto al *Diario del cosmólogo*.

I

Cerrar las formas
y, piedra por piedra, los muros
al ruido exterior
y, clausurados
reposarse en ellos.
Como el eco
de los cánticos
apagándose
en el silencio,
el uno.

II

Se miraba los dedos,
algo tejía y destejía
solo en la camioneta azul.
Detestable manía
de cortarse las uñas,
calcular los impuestos
o leer las noticias
a la puerta del templo.
(Desde el bar de enfrente
se escucha el órgano
cuando la lluvia cesa).

III

Al vacío central
su movimiento
debe la rueda;
al blanco
su fulguración
el color.
Alguien tose en la plegaria,
pasa un pájaro:
inconcebible silencio.

FELICIDAD

En el campo,
escuchando la lluvia nocturna,
la recia lluvia del otoño,
el viento de la costa siempre cercana.
Sin que pueda moverme en la cama:
impedido
por dos gatos.

Desechar la ropa.
Frotarse con alcohol las manos.
Lavarse el pelo.
No usar perfumes; baños de agua caliente,
yerbas.
Para expulsar así
de los poros
el olor de la muerte.

A la luz sin peso,
al día sin bordes
ni comienzo
los ojos voy a abrir.
Cesar del pensamiento,
substraída la imagen,
su brutal sucesión,
y hasta el deseo
—el último en partir,
el heredero—.
Pendiente abajo
hacia el no ser,
donde no se manifiesta
divinidad alguna
ni gama alguna del color.
Ni blanco.
Ni silencio.

Cerrar los ojos
a la luz, a toda imagen posible.
Observar en silencio
sin aprobación ni condena
cómo se desvanecen
asentimientos, recuerdos,
representaciones mentales,
obscuridades, afectos.

Burdo emblema del vacío,
permanecer en ese frágil cero
—ni siquiera el sentimiento
de una presencia otra—.

Adiestrarse a no ser.
Fusionar con eso.